

POEMAS DE PETRARCA



Francesco Petrarca (Arezzo, 1304 – Arquà, 1374) vivió en el **siglo XIV**, es decir, en la **Edad Media**, pero es un **moderno**: un **humanista**, un **renacentista**, un gran estudioso de los **clásicos** y un gran **poeta**. **Petrarca** fue un gran **bibliófilo**. Solía gastar su fortuna en comprar valiosos **manuscritos**. Por ejemplo, sabemos que en 1325 compró las **Etimologías** de **San Isidoro**, los poemas de **Virgilio**, la **Ciudad de Dios** de **San Agustín**, las **Epístolas** de **San Pablo**. Llegó a poseer una de las mejores **bibliotecas** de su tiempo, y se la ofreció a las autoridades **venecianas** para que la abrieran al público después de su muerte.

Conocía perfectamente el **latín**, en el que era capaz de leer y escribir, y se dice que llegó a llorar de emoción ante un manuscrito de **Homero**. Intentó aprender **griego** para poder leer al gran poeta en su lengua original. Además, era un magnífico **copista**. Inventó el **códice de bolsillo**, que podía sostenerse con una sola mano, lo que permitió a los **eruditos** (él mismo lo era) engrandecer su erudición. Valoraba tanto la **buena letra** que en una de sus cartas se queja amargamente de los garabatos amorfos que empleaban los jóvenes, ilegibles para ellos mismos.

Como **Dante**, procedía de una familia **florentina** que había tenido que irse al **exilio**. Vivió primero al arrimo de la **familia cardenalicia** de los **Colonna** y en el ambiente de la curia pontificia de **Aviñón**. En la madurez, buscó acomodo en **Italia**, bajo la protección de los **Visconti** y otros magnates.

A los 23 años, en 1327, un **Viernes Santo**, vio por primera vez a **Laura de Noves**, mujer casada de la que se quedó rendidamente enamorado y a la que dedicó los poemas de su **Canzoniere (Cancionero)**, primer libro europeo de poesía con sentido unitario: un canto al amor no correspondido. Había nacido la **lírica petrarquista**, el **dolce stil novo**, que se extendió rápidamente por toda **Europa**: elegancia un tanto artificial, sonoridad contenida, clasicismo, mitología, tópicos y variaciones, medida expresiva, amor platónico... El **petrarquismo** fue una moda poética de largo alcance en todas las literaturas occidentales: **Italia, España, Francia, Inglaterra...**

Petrarca ya no ve en **Laura** a la **dama angelical (donna angelicata)**, sino a una mujer real, aunque idealizada, capaz de despertar sus deseos. El libro tiene dos partes: **in vita** e **in morte**. La **primera**, teñida de angustia y culpabilidad, porque desea y venera a su amor imposible. La **segunda**, más serena, pues la amada, ya fallecida, **Laura**, puede gozar de **Dios** y el poeta, superada su lucha interior, encuentra la paz y un mayor recogimiento espiritual.

Otras obras de **Petrarca** son las relaciones de cartas recogidas en las colecciones **Familiares** y **Seniles** y, sobre todo, los **Triumphs**.

Petrarca fue un gran **erudito** y **bibliófilo**. Acostumbraba a comprar manuscritos antiguos. En 1325, por ejemplo, compró las **Etimologías**, de **san Isidoro de Sevilla**; los poemas de **Virgilio**; la **Ciudad de Dios**, de **san Agustín**; las **Epístolas**, de **san Pablo**. Llegó a poseer una de las mejores bibliotecas de su tiempo, que ofreció a las autoridades venecianas, para que ellas la abrieran al público tras su muerte. Era un gran **latinista**. Llegó a llorar de emoción ante un manuscrito de Homero, y para leer al maestro heleno, quiso aprender **griego**. Era también un gran copista e inventó el **códice de bolsillo**. Valoraba tanto una buena caligrafía que, en una de sus cartas, se quejaba amargamente de la letra empleada por los jóvenes, que ni ellos mismos eran capaces de entender.

(EN VIDA DE LAURA)

III

Fue el día en que del sol palidieron
los rayos, de su autor compadecido,
cuando, hallándome yo desprevenido,
vuestros ojos, señora, me prendieron.

En tal tiempo, los míos no entendieron
defenderse de Amor: que protegido
me juzgaba; y mi pena y mi gemido
principio en el común dolor tuvieron.

Amor me halló del todo desarmado
y abierto al corazón encontró el paso
de mis ojos, del llanto puerta y barco:
pero, a mi parecer, no quedó honrado
hiriéndome de flecha en aquel caso
y a vos, armada, no mostrando el arco.

XII

Si mi vida del áspero tormento
y de afanes pudiera defenderse,
tanto que viera a causa de los años
palidecer, señora, vuestros ojos,
y volverse de plata el áureo pelo,
y no usar verdes telas ni guiraldas,
y perder el color aquella cara
que me lleva de miedo a lamentarme,

me dará al fin Amor tanta osadía
que yo os descubriré de mis martirios
cuáles fueron los años y las horas;
y si adverso es el tiempo a los deseos,
que a mi dolor al menos no le falte
algún socorro de suspiros tardos.

XIII

Cuando, entre las demás, de mi señora
viene, a veces, Amor en el semblante,
cuanto en belleza va ella por delante,
tanto crece el afán que me enamora.

Yo bendigo el lugar, y el tiempo y hora,
en que miré a una altura semejante.
y digo: «Da las gracias, alma amante,
por ser de tanto honor merecedora.

De ella es el amoroso pensamiento
que, siguiéndolo, al sumo bien te envía,
teniendo en poco lo que el vulgo ansía;

de ella viene la osada gallardía
que te encamina al cielo, con aliento
tal que, esperando, ufano ya me siento.»

LXI

Bendito sea el día, el mes y el año,
y la estación, la hora y el instante,
y el país, y el lugar donde fui preso
de los dos bellos ojos que me ataron;
y bendito el afán dulce primero
que al ser unido con Amor obtuve,
y el arco y las saetas que me hirieron,
y las llagas que van hasta mi pecho.

Benditas cuantas voces esparciera
al pronunciar el nombre de mi dueño,
y el llanto, y los suspiros, y el deseo;
y sean benditos los escritos todos
con que fama le doy, y el pesar mío,
que pertenece a ella, y no a otra alguna.

(Francisco Rico, ed., *Mil años de poesía europea*, Barcelona, Planeta, 3ª ed., 2009)

CCLVI

De aquella bien quisiera yo vengarme
que mirando y hablando me destruye
y, al alejarse, mi pasión rehúye,
tras sus crueles ojos ocultarme.

Así la fuerza empieza ya a faltarme,
que por ella en mi pecho disminuye,
pues sobre él ruge cual león: y huye
el sueño que debía consolarme.

El alma, que del cuerpo desenlaza
la Muerte, va a buscar a esa altanera,
a pesar de que siempre la rechaza.

Y me sorprenderá sobremanera
que, mientras habla, suspira y la abraza,
no interrumpa su sueño, si se entera.

CLXXVIII

Amor a un tiempo me espolea y frena,
me asegura y me espanta, arde y enfría,
mima y desdeña, llama y se desvía,
ora me da esperanza y ora pena,
y me eleva o me arrastra, y me encadena
donde el vago deseo se extravía,
y su sumo placer es agonía,
¡de error tan singular mi alma está llena!

Muéstrale un pensamiento amigo el vado,
no de agua que en los ojos se deshace,
para ir a donde espera estar contenta;
pero fuerza mayor volverse la hace,
y que por otra vía, y no de grado,
su larga muerte, y mía, ella consienta.

CCCLXIV

Túvome Amor ardiendo veintiún años,
feliz y esperanzado entre las llamas;
y llorando otros diez desde que aquélla
al cielo fue llevándose mi pecho.

Cansado estoy ahora, y me arrepiento
de todos los errores que apagaron
de la virtud el germen, y te entrego,

oh, mi Señor, aquello que me queda,
contrito por los años malgastados
que debieron gastarse en mejor uso,
en buscar paz y en rechazar afanes.

Señor que en esta cárcel me has metido,
ponme Tú a salvo del eterno daño:
reconozco mi error y no lo excuso.

(Traducción de **Jacobo Cortines**)

(TRAS LA MUERTE DE LAURA)

CLXII

¡Flores felices, biennacidas hierbas
que, pensativa, pisa mi señora;
campo que oyes su voz cautivadora
y de sus bellos pies huellas conservas;
arbustillos de frondas aún acerbas,
violetas cuyo tinte me enamora,
umbrosas selvas que os mostráis ahora,
llenas de sol, más altas y superbas.

¡Oh, sitio ameno, oh río de agua pura
que le bañas la faz, y de su vista
tomas la viva luz que es tu hermosura;
yo envidio que de honesto amor os vista!
No habrá entre vosotros una piedra dura
que a arder entre mis llamas se resista.
(Traducción de **Ángel Crespo**)

CCXCII

Los ojos de que hablé exaltadamente, 11A
los brazos, pies y rostro que no olvido, 11B
que me habían a mí mismo dividido 11B
y hecho desemejante de la gente; 11A

los crespos rizos de oro reluciente 11A
y el sonreír angélico encendido 11B
que al mundo en paraíso ha convertido, 11B
ahora son poco polvo que no siente. 11A

Yo en cambio vivo, y ello me impacienta, 11C
privado de la luz que amaba tanto, 11D
en desarmado leño y con tormenta. 11C

Aquí concluya mi amoroso canto, 11D
que a mi ingenio su vena no alimenta 11C
y mi cítara entona sólo llanto 11D

CCCXIV

Ay, mente, que adivina de tus daños,
en el tiempo feliz ya acongojada,
buscabas paz en la visión amada
para tus venideros desengaños;
y a los gestos, palabras, rostro y paños,
y a la piedad con el dolor mezclada,
podías decir, del todo percatada:
«¡Aquí se acaban mis dichosos años!»
¡Qué dulzura fue aquella, ánima amarga!
¡Cómo ardíamos, ay, mientras miraba
los ojos que ya nunca más vería,
cuando a ellos, como a amigos fieles, daba
en custodia la más honrosa carga:
mi corazón y la ternura mía!

CCCLIII

Pajarillo errabundo que, lloroso,
cantando vas al buen tiempo pasado,
por la noche y el frío acompañado,
pues ya pasó el período jubiloso:
si, igual que sabes de tu afán gravoso,
supieses que me iguala a ti mi estado,
vendrías a este pecho desolado
a compartir su llanto doloroso.

Tal vez no sea igual tu desconsuelo,
si aquella que tú lloras está en vida,
cosa que a mí me niegan Muerte y Cielo;
mas la estación y la hora aborrecida,
con el recuerdo del placer y el duelo,
a razonar contigo me convida.

